

El Estado y la migración global colombiana*

Luis Eduardo Guarnizo

EN EL AÑO 2004, la Feria Internacional del Libro de Bogotá se organizó bajo el tema “Cultura colombiana en la diáspora: el pensamiento que regresa”. Libros, videos, mesas redondas y conferencias sobre el éxodo masivo de colombianos, así como el trabajo de los escritores colombianos residentes en el exterior, formaron el núcleo de este vasto evento cultural. Uno de los *stands* más interesantes en la feria fue el organizado por el recién creado programa Colombia Nos Une del Ministerio de Relaciones Exteriores, dedicado de manera exclusiva a los colombianos de ultramar. Aquí, en medio de un abundante y colorido despliegue de información sobre la migración colombiana, los visitantes podían grabar de forma gratuita mensajes de video para ser transmitidos a sus parientes y amigos en el exterior. El evento masivo dedicado a la migración, con una fuerte participación del Estado, representa un cambio radical en la manera como la migración es percibida en Colombia. En lugar de asociarla de modo negativo con actividades ilícitas y con traición a la patria, la feria exaltó y celebró la contribución de los migrantes a la cultura, economía y organización social del país. Hasta hace poco, el Estado colombiano se había mostrado renuente a acercarse a la población de ultramar y cuando lo hizo fue para promover el retorno de los mejor calificados entre ellos (véase Cardona *et al.*, 1980).

Por otra parte, el gobierno nacional, a través de los ministerios de Relaciones Exteriores y de Ambiente, Vivienda y Desarrollo Territorial, en coordinación con la Cámara Colombiana de la Construcción (Camacol)

*Trabajo presentado en la Segunda Conferencia Internacional sobre Relaciones Estado-diáspora (CIRED II), organizado por el Instituto de los Mexicanos en el Exterior, ciudad de México, 3-5 de octubre de 2005.

y varias entidades financieras nacionales, lanzó a partir de 2005 la organización de “ferias inmobiliarias” en el exterior. Éstas, que se realizan en áreas con alta concentración de colombianos, buscan promover la venta de vivienda privada en ciudades con altas tasas emigratorias, tales como Armenia, Barranquilla, Bogotá, Bucaramanga, Cali, Manizales, Medellín y Pereira. Por ejemplo, en la Feria Inmobiliaria de Miami, llevada a cabo ese año del 25 al 27 de febrero, participaron cuatro entidades financieras y 89 empresas constructoras colombianas con 240 proyectos de vivienda en 11 ciudades. Cerca de 15,000 personas acudieron a este evento.

El programa Colombia Nos Une y los eventos masivos mencionados arriba, forman parte de una serie de novedosas iniciativas de acercamiento del Estado y señalan un cambio radical en la política oficial hacia la población colombiana residente en el exterior. Sin duda alguna, el Estado ahora busca en forma activa su incorporación al proyecto nacional. ¿Qué factores lo impulsan a adoptar esta nueva y resuelta posición frente a los connacionales en el exterior?, ¿cuál es la posición de los migrantes ante estas iniciativas?, ¿quiénes son los migrantes y cómo se han incorporado en el exterior? Las anteriores son algunas de las preguntas que este ensayo intenta responder con miras a tener un mejor entendimiento de la migración colombiana desde una perspectiva global.

La emigración masiva de colombianos, de manera especial desde finales de la década de los ochenta, ha implicado profundas transformaciones en las estructuras sociales, culturales y políticas de Colombia. El argumento que sostiene este capítulo es que estas transformaciones han convertido al país en una *formación social transnacional*, lo cual significa que las múltiples matrices de poder (político, económico y social) que estructuran a la sociedad, así como a la producción, reproducción y transformación de la cultura que modela la identidad nacional, trascienden la jurisdicción territorial nacional y tienen lugar en un espacio transnacional en el cual los que viven “acá” (los residentes dentro del territorio nacional) interactúan con, influyen a y son influenciados por los que viven “allá” (los colombianos residentes en múltiples destinos extranjeros). Mientras tanto, los que viven allá van construyendo relaciones fluidas que conectan diversas localidades de asentamiento colombiano en el exterior. Esta nueva conformación del devenir nacional afecta, en general, tanto a la sociedad civil como al ejercicio mismo del poder del Estado, lo que se

expresa en varias formas. Por una parte, en los cambios constitucionales y de manejo del poder por parte del Estado, incluyendo la amplia gama de derechos otorgados a los colombianos residentes en el extranjero, tales como el derecho a la doble ciudadanía, el voto en el exterior, la presencia de los migrantes en la Cámara de Representantes del Congreso Nacional, y en programas oficiales y del sector privado que promueven la integración de éstos al proyecto nacional, tal como el programa Colombia Nos Une, del Ministerio de Relaciones Exteriores, y Conexión Colombia, de iniciativa mixta, lanzados en junio y diciembre de 2003, respectivamente (véase cuadro 1).

CUADRO 1

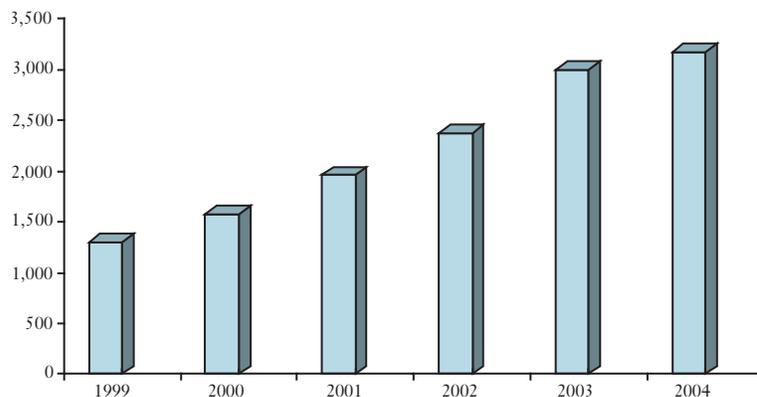
POLÍTICAS DEL ESTADO COLOMBIANO HACIA LOS MIGRANTES

<i>Derechos constitucionales</i>
<ul style="list-style-type: none"> • Derecho a la doble ciudadanía (1991). • Derecho a la representación en el Congreso Nacional (1991). • Un representante en la Cámara Baja. • Derecho a votar en elecciones parlamentarias (1997). • Derecho a ser elegido al Congreso como representante de la región de origen (1997). • Derecho al voto en elecciones presidenciales (1961).
<i>Programas oficiales del gobierno</i>
<ul style="list-style-type: none"> • Programa de repatriación de cerebros fugados (década de 1970). • Programa Colombia para Todos (1996). • Programa para las Comunidades Colombianas en el Exterior (1998). • Programa Colombia Nos Une (2003). • Conexión Colombia (2003); programa mixto gobierno, sector privado y ONG.

Esta nueva formación transnacional se expresa también en la creciente dependencia macroeconómica del país respecto a los recursos enviados, y de manera oficial registrados por el gobierno, por colombianos residentes en el exterior. En efecto, según datos oficiales del Banco de la República, desde el inicio de la primera década del siglo XXI, los envíos se han constituido en la segunda fuente de divisas del país, superando ampliamente los ingresos generados por las exportaciones de café y de carbón. Si no fuese por la inflación global en los precios internacionales

del crudo, sin duda las remesas serían hoy día la primera fuente de divisas nacionales. En los últimos años “aumentaron de 1.297 millones de dólares en 1999 (1.5% del PIB) a 3.170 millones en 2004 (3.3% del PIB)” (véase gráfica). Como proporción de los ingresos por exportaciones de bienes, el valor de las remesas pasó de 10.8 a 18.6 por ciento, respectivamente (Uribe, 2005: 1). De acuerdo con estadísticas de bancos centrales, en 2004 Colombia fue el segundo país receptor de remesas en América Latina (después de México que recibió 16,613 millones de dólares). En el año 2003, según el Fondo Monetario Internacional (FMI) Colombia fue el octavo receptor de remesas en el mundo.

CRECIMIENTO DE LAS REMESAS COLOMBIANAS, 1999-2004



Fuente: Banco de la República, Bogotá, Colombia.

Además, esta formación transnacional es evidenciada por las densas relaciones sociales, culturales, políticas y económicas que los que viven afuera mantienen con sus familiares y comunidades en el país. Estas conexiones representan más continuidad que ruptura entre los que están afuera y los que están adentro del territorio nacional y son multidireccionales. Los nacionales que residen fuera del país son, de hecho, vistos como parte de la imaginaria comunidad nacional. Así, por ejemplo, algunos de los programas radiales más populares de las grandes cadenas nacionales de radiodifusión se transmiten en tiempo real allende las fron-

teras, para alcanzarlos en sus hogares lejos de su terruño. Uno de estos programas, que parece retener la mayor audiencia nacional, es dirigido todas las mañanas por el conocido comentarista radial Julio Sánchez Cristo. A lo largo de la transmisión, cada vez que el anunciador da la hora oficial en Colombia, enseguida da también la hora oficial de ciudades distantes como Miami, Londres, Roma y Madrid. Evidentemente no se trata de hacer un despliegue de falso cosmopolitismo, sólo es la pragmática expresión, tradicional en la radio local y comunitaria de antaño, de estar en contacto cercano con su audiencia regular, la que ahora incluye a centenares de miles de radioescuchas colombianos que aunque residen fuera del país, forman parte de la vida cotidiana nacional.

Además de su creciente tamaño numérico, la migración de colombianos(as) ha crecido en su heterogeneidad social y regional y, ante todo, en la pluralidad de destinos, aproximándose a lo que podría llamarse una diáspora colombiana. Esta dispersión espacial abarca asentamientos muy importantes de colombianos en alrededor de una veintena de países en cuatro continentes. Uno de mis objetivos es ubicar la migración colombiana en términos globales (en el marco del proceso de globalización económica, política y laboral) pero mediada, obviamente, por el contexto específico del país de origen y su historia migratoria, evitando caer en el *excepcionalismo* –algo que a menudo preconizan los migrantes mismos y algunos legos del tema, visión según la cual el caso colombiano es único, sin antecedentes en el mundo.

Para hacer la comparación global sería importante en ese sentido ver cómo la migración colombiana y su dispersión forman parte de un proceso mundial que se inserta en la globalización del capital, en donde la migración masiva del sur hacia el norte se hace particularmente intensa; es un proceso en el cual el sur empobrecido envía proporciones significativas de su masa laboral al norte enriquecido, que demanda ávidamente su fuerza de trabajo a bajo costo y con un mínimo de derechos. Es parte del mal llamado nuevo orden global que por una parte favorece la libre movilidad del capital y las mercancías, mientras que, por la otra, obstaculiza la del trabajo.

Este documento se divide en tres partes: para comenzar, examinaré en forma breve el contexto y evolución histórica de la migración colombiana, tocando *grosso modo* el proceso y la transformación que ha seguido

la migración colombiana; en segundo lugar, abocaré las implicaciones del proceso migratorio colombiano para la sociedad civil y para las relaciones entre el Estado y los emigrantes; al final, esbozaré algunas conclusiones y recomendaciones generales sobre las implicaciones teóricas y prácticas de este proceso.

Antes de iniciar, quisiera hacer un par de acotaciones generales. Primero, debo aclarar que mi intención no es presentar estimativos cuantitativos, o discutir estudios de caso específicos sobre la migración colombiana. Mi objetivo es, sobre todo, esbozar una visión global, indicando tendencias generales y temas centrales, algunos de los cuales han escapado a la atención de los estudiosos del proceso colombiano. La segunda acotación que pretendo hacer es que los argumentos que presentaré enseguida emanan de mi trabajo de investigación, realizado por más de 10 años, sobre la migración latinoamericana hacia los Estados Unidos, incluyendo la colombiana, y de un estudio realizado con Ninna Nyberg Sørensen, investigadora del Instituto de Estudios Internacionales de Dinamarca, sobre la migración de colombianos y dominicanos a Europa y sus conexiones transnacionales con los países de origen.

Contexto y evolución histórica de la migración colombiana

La emigración de colombianos(as) no es un fenómeno nuevo. Sin embargo, lo que sí es nuevo, es su rapidísimo crecimiento, la heterogeneidad de sus orígenes regionales y extracción social, así como la pluralidad de itinerarios y destinos que ha alcanzado en los últimos años. Según datos oficiales del Ministerio de Relaciones Exteriores de Colombia, más de cinco millones de colombianos(as) residen en la actualidad fuera del territorio nacional (véase cuadro 2). Los inicios de una migración masiva se remontan a la década de 1960, periodo que coincide con el fin de la violencia en Colombia y el arranque de la prolongada guerra que persiste hasta hoy. Coincide también con la introducción de reformas significativas a las leyes de inmigración estadounidenses que, por primera vez en la historia, asignaron cuotas de inmigración a todos los países del mundo, sin distinción de raza o etnicidad. De igual forma, estas nuevas leyes autorizaron la reunificación familiar a los inmigrantes legales, mecanismo que eventualmente se convertiría en la forma principal de obtener una visa de residente en Estados Unidos. El fenómeno de la

salida masiva de colombianos coincide también con la alta demanda de mano de obra de la economía venezolana en expansión, por el *boom* petrolero de comienzos de los años setenta. El flujo migratorio a Venezuela, empero, desaparecería en la medida que el *boom* petrolero tocó a su fin y la sociedad y economía del vecino país entraron en profunda crisis, al final de los ochenta.

La nueva situación contextual a partir de mediados de los sesenta abrió las puertas de Estados Unidos a la inmigración latinoamericana, caribeña y asiática en general, mientras veía una aguda caída de la inmigración desde Europa. Aunque tímida en su inicio, la presencia colombiana de este periodo sentó las bases para el traslado masivo de colombianos(as) que desde entonces se han ido al norte en flujos intermitentes. Dentro de la oleada inicial abundaban los profesionales universitarios, en particular médicos e ingenieros. Dos regiones se erigieron desde entonces en las zonas de mayor atracción de colombianos: el área metropolitana de la gran Nueva York y el sur de la Florida. El área triestatal metropolitana de Nueva York –incluyendo los estados de Nueva York, norte de Nueva Jersey y sur de Connecticut– se convirtió en su destino principal. La abundancia de oportunidades de empleo, ser el centro del comercio mundial, y el ambiente multicultural inherente a una metrópolis de inmigrantes, se han contado entre sus atractivos principales. La presencia de inmigrantes hispanohablantes (puertorriqueños y cubanos en particular), ciertamente facilitó desde entonces la entrada de los colombianos.

Durante esta misma época, los refugiados de la Revolución cubana empiezan su incontenible asentamiento en el sur de la Florida. Su presencia y dominación política, económica y cultural en esta región, eventualmente alterarían el paisaje del sur de la Florida, elevándolo a la categoría de tierra latina y área vacacional, no ya para los veraneantes y jubilados estadounidenses, sino también para las élites y clases medias altas latinoamericanas. Para finales de los años setenta, pasar vacaciones en la Florida, tener una cuenta bancaria en Miami, o poseer un apartamento en Fort Lauderdale, eran parte del repertorio simbólico de clase de las altas esferas colombianas y latinoamericanas en general. La “selecta” composición social del flujo migratorio inicial, pronto se diversificaría para incluir un número creciente de obreros calificados y no calificados, campesinos medios, comerciantes y pequeños empresarios urbanos.

Mientras tanto, durante el periodo comprendido entre 1960 y 1980, Europa continúa siendo el destino principal de las élites socioeconómicas, cuya identidad fundamental y sentido cosmopolita los ven enraizados en el viejo continente, no en la mestiza Colombia. Empero, durante este periodo, nuevos compañeros de viaje toman el mismo destino: refugiados políticos de izquierda, intelectuales y artistas con sueños de universalidad, además de estudiantes en busca de sofisticados postgrados. Pero otro proceso que abriría un importante puente para la gran heterogeneidad social que se observa hoy en día, del que hasta donde yo sé muy poco se ha escrito, tuvo lugar en Inglaterra en los años setenta.

CUADRO 2

<i>Continente</i>	<i>Hombres (%)</i>	<i>Mujeres (%)</i>	<i>Población Estimada</i>	<i>Total (%)</i>
América del Norte	42.8	57.2	2'035,621	38.8
Centroamérica	53.6	46.4	70,499	1.3
Caribe	40.0	60.0	39,676	0.8
Suramérica	55.7	44.3	2'583,571	49.3
Europa	35.2	64.8	475,243	9.1
Asia, África, Australia	21.3	78.7	38,598	0.7
Gran total	46.6	53.4	5'243,208	100.0

Fuente: Ministerio de Relaciones Exteriores, Colombia, noviembre de 2003

En efecto, a mediados de los setenta, el gobierno inglés autorizó el enganche de mano de obra extranjera no calificada para trabajar en el entonces creciente sector de servicios comerciales –sobre todo limpieza industrial y comercial, así como en la industria hotelera y de restaurantes. Un grupo significativo de colombianas (pues en su mayoría eran mujeres), que algunos estiman entre 4,000 y 10,000, muchas de ellas del Eje Cafetero y del Valle del Cauca, fueron contratadas por este medio como empleadas temporales con contratos renovables cada año. Estas trabajadoras resultaron ser la conexión, fuente de información y apoyo logístico para muchos colombianos(as) que tomaron la opción migratoria en el último lustro; son las tías, las madres, las amigas, las vecinas o las amigas de la amiga de muchas de las personas que hoy están saliendo del país hacia Europa (véase Guarnizo, 2006).

Pero, ¿cómo se llega de esta emigración concentrada en pocos destinos a la migración dispersa que se observa hoy día?, ¿cómo explicar la transformación de Colombia de un país exportador de productos básicos a uno exportador de mano de obra? La respuesta se encuentra en la interrelación de múltiples factores internos y externos. Además, se da el deterioro de la economía nacional, de manera especial desde finales de los años ochenta e inicios de los años noventa como resultado de la introducción de profundas reformas estructurales de corte neoliberal a nivel nacional. Tales reformas traen como resultado la quiebra masiva de miles de empresas privadas incapaces de competir ante la apertura económica. A esto se unió el colapso en los precios internacionales del café, que posttraron no sólo a la región de mayor estabilidad económica hasta entonces, el Eje Cafetero, sino que llevaron a la quiebra a miles de productores, lo cual contribuyó al aumento del desempleo, y redujo sustancialmente una de las principales entradas de divisas del país.

Estas reformas incluyeron recortes significativos en la nómina de empleados oficiales, incluyendo aquellos licenciados por la privatización de empresas públicas, pero que en general no lograron reposicionarse en el mercado laboral privado. Como era de esperarse, estos cambios estructurales rápidos y drásticos provocaron que se incrementara el número de colombianos(as) con títulos universitarios desempleados o subempleados al interior de una economía en franca contracción, caracterizada por tasas históricas de desempleo abierto y de informalidad económica. En el nuevo mercado laboral nacional, la redundancia de profesionales universitarios y la abundancia de jóvenes trabajadores entrando al mercado por primera vez, resultó ser la muerte laboral de todos aquellos que eran mayores de 30 años, sobre todo mujeres. Consecuentemente, este último tema es citado una y otra vez por colombianos recientemente entrevistados en España, Italia e Inglaterra.

Además del deterioro económico, el país enfrentó el deterioro de su situación política, social y militar. La generalización de la violencia, o violencias (común, de la droga y la política) a lo largo y ancho del territorio nacional, contribuyó a generar un ambiente de inseguridad e incertidumbre en el que la emigración surgía como una salida viable y hasta recomendable para sectores cada vez más amplios de la sociedad.

Dos factores adicionales, uno de tipo macro y el otro de tipo microestructural, contribuyeron de manera significativa a generar las condiciones para la masificación de la emigración colombiana. A nivel macro, la consolidación y expansión del mercado internacional de las drogas coadyuvó en este proceso. En efecto, el aumento en la demanda y oferta de drogas ilícitas generó a su vez una demanda creciente de mano de obra para trabajar en el negocio. El enganche de personal, tanto en Colombia como entre los colombianos residentes en el exterior, por parte de los carteles de la droga para sus operaciones comerciales y necesidades logísticas (transporte de la droga y dinero, distribución, etcétera), se convirtió en un medio más para emigrar de, o no retornar a, una sociedad en franca crisis. Permitted, asimismo, la salida de gente que de otra forma no hubiese podido salir, y la permanencia en el exterior de otra que hubiese tenido que regresar por sus condiciones de precariedad económica. Aunque la proporción de los y las migrantes conectados con el narcotráfico es muy reducida,* el estigma de éste ha marcado a los emigrantes, particularmente desde los ochenta, no sólo en los países de destino, sino también en Colombia mismo. Asociado, directa e indirectamente con la emigración ligada al tráfico ilícito de estupefacientes y drogas psicotrópicas, se expande también otra clase de emigración, que aunque mucho menos numerosa, ha resultado muy nefasta para la imagen de los colombianos en el exterior: aquella ligada a la delincuencia común. Algunas redes de delincuentes de las grandes ciudades colombianas, en no pocos casos contratados por carteles del narcotráfico, tomaron rumbo hacia metrópolis estadounidenses y europeas, donde hoy en día han establecido operaciones delictivas de alguna importancia.

A nivel microestructural, la consolidación y maduración de las redes sociales transnacionales sirven no sólo para allanar el camino para los flujos recientes de colombianos(as), sino que funcionan también como brújula que orienta el destino final que los nuevos emigrados toman. Familiares, amigos, vecinos y paisanos radicados en el exterior por las últimas cuatro décadas abren puertas y facilitan la salida para aquellos

*Para mediados del 2003, el Ministerio de Relaciones Exteriores de Colombia estimaba la población carcelaria colombiana en el extranjero en unas 12,000 personas; la mayoría de las cuales había sido detenida por delitos relacionados con el transporte y comercialización ilícita de drogas.

cuyas vidas y expectativas en el país resultan insostenibles. La vieja generación de migrantes provee apoyo logístico e informativo para los recién llegados, que va desde dar información y consejería sobre el sistema migratorio y la sociedad receptora en general, hasta la provisión de apoyo legal, vivienda, empleo y préstamos para financiar la jornada. Casos como el de Inglaterra, citado antes, son ejemplo de este proceso.

La intersección entre las condiciones socioeconómicas en el país y las restricciones legales a la inmigración en Estados Unidos empujaron a la diversificación de la geografía migratoria global colombiana. Cuando las fronteras estadounidenses se cierran en los noventa por el significativo aumento en el volumen de emigrantes colombianos, surgen destinos alternativos importantes como Canadá y Europa, sobre todo a países tales como España, Inglaterra, Italia, Francia, Escandinavia y Alemania. En general, los que no pueden irse para Estados Unidos o Canadá, se van a Europa; los que no pueden ir ni a Europa ni a Estados Unidos, van a México, Centroamérica (Costa Rica), al sur del continente y al Caribe (de manera particular República Dominicana). Paralelamente, se empieza a ver el crecimiento de la migración a países asiáticos, sobre todo de mujeres solas, de manera especial a Japón. De igual forma empezamos a ver una creciente movilidad e interacción entre los colombianos residentes en Estados Unidos y en Europa, al igual que entre aquellos afincados en diferentes países europeos.

La multiplicidad de destinos y la creciente movilidad entre ellos se observa también dentro del territorio estadounidense y dentro del continente europeo. En Estados Unidos, por ejemplo, se ve el surgimiento de nuevos destinos importantes que hasta hace 10 o 15 años no figuraban en el itinerario migratorio colombiano, tales como Atlanta, Chicago, Houston y el área de la bahía de San Francisco. Dentro de Europa la situación tiene un carácter un poco diferente ya que la movilidad se da no sólo al interior de los países receptores, sino a través de las fronteras nacionales europeas. Este último tipo de movilidad parece ser alimentada por los disímiles contextos de oportunidades laborales y sociales que encuentran los colombianos y por las facilidades de movilidad transfronteriza otorgadas por la integración de la Unión Europea. Un caso ejemplar se observa en España, donde una proporción significativa, aunque aún indeterminada, de colombianos(as) una vez asentados allí (*i.e.*, legalizado su

presencia), tienden a moverse hacia otros países en busca de oportunidades no halladas en la península –donde las condiciones son bastante difíciles, por la hostilidad que usualmente los y las colombianos(as) encuentran allí, incluyendo bajos salarios, exiguas posibilidades de movilidad laboral y social, empleos marginales, marcada discriminación y racismo, del cual muchos colombianos(as) se quejan amargamente. Un atractivo punto de destino de esta migración intraeuropea es la capital británica. Según información recabada recientemente, en Londres se labora y gana mucho mejor y se siente menos la discriminación. Pero también se dan migraciones de España hacia Italia, Alemania, Francia y otros países, con la expectativa de conseguir mejores salarios y condiciones de vida más atractivas, o bien, nada más para reconectarse con familiares y amigos.

Las restricciones legales impuestas por los estados receptores que dejan al asilo político como la única alternativa viable para la inmigración legal, han hecho que millares de damnificados de la situación económica y política de Colombia se conviertan en refugiados políticos en el exterior. Ciertamente, hay miles de colombianos que han huido del país en busca de refugio para salvar sus vidas y las de sus familias; pero sin duda alguna, hay un número significativo que lo ha hecho por las condiciones de crisis y se ha visto obligado a optar por la única alternativa legal disponible: el asilo político. Pero las condiciones macroestructurales no son las únicas que deciden la salida y suerte de los y las colombianos(as) en el exterior. La determinación de quién, cómo y para dónde se sale está condicionada por la interrelación entre múltiples factores que operan a varios niveles, incluyendo las condiciones individuales (si es mujer u hombre, si es blanco o no, si es acomodado o pobre, si viene de una región u otra del país, etcétera); el contexto sociopolítico y económico nacional; la existencia de una migración antigua en varios países del mundo y su conexión con ella; las relaciones que Colombia ha mantenido y mantiene con esos países; y los cambiantes regímenes legales de inmigración en los países receptores.

Así las cosas, la pregunta es, ¿quiénes están emigrando? La respuesta es tajante: gente de todo tipo; obreros y profesionales en busca de mejores ingresos, empresarios en busca de seguridad y estabilidad; personas acosadas por su posición de clase, o por sus ideas políticas; refugiados de izquierda y derecha; perseguidos y perseguidores. La últi-

ma ola emigratoria, indiscutiblemente la más grande en la historia del país, la conforman en gran medida personas con un nivel de escolaridad más alto de la media nacional –profesionales con títulos universitarios, pequeños y medianos empresarios, jóvenes de clase media con miras a continuar sus estudios en el exterior (pero usualmente con pasaje de ida y no de regreso). Sin embargo, esta migración también incluye, irónicamente, personas de sectores marginados de la sociedad, incluyendo aquellos con prontuarios delictivos: ladrones de poca monta, asesinos a sueldo –mientras muchos de ellos se han dedicado en el exterior a otras actividades, algunos más continúan sus carreras delictivas y tienen continuos problemas con las autoridades locales. Esto último ha exacerbado el estigma negativo que pesa sobre los colombianos. En lugares como Madrid, además de ser asociados con el narcotráfico, ahora lo son con la violencia delincuencia, guerrillera y paramilitar. En resumen, se puede decir, sin temor a exagerar, que dado su volumen y diversidad sociodemográfica y regional, la población colombiana residente en el exterior es un fiel reflejo del país territorial, en tanto su complejidad social, política y militar actual.

La plurifragmentación (por el clasismo, regionalismo, racismo) de los y las colombianos(as), aunque constante en prácticamente todos los asentamientos en el exterior, parece ser más notoria en las ciudades donde la presencia colombiana tiene una historia más larga. Por ejemplo, las contradicciones, fragmentación social y conflictos que afectan al país tienden a reproducirse más clara e insidiosamente en los asentamientos de colombianos residentes en Nueva York, Miami, Madrid y Londres, ciudades que históricamente han sido puntos de destino importante para los colombianos (no sólo para migrantes laborales sino para élites económicas y sociales nacionales). Mucho menos conflictivas parecen ser las colonias radicadas en destinos tales como San Francisco, Barcelona, Roma y Milán, nuevas paradas en la emergente geografía global colombiana, donde la heterogeneidad sociocultural de esta población parece ser menos intensa.

¿De dónde proceden los nuevos migrantes? Aunque todas las regiones del país están representadas en esta diáspora en formación, tanto en Estados Unidos como en Europa, la emigración colombiana es ante todo una migración urbana y proveniente de las áreas más avanzadas del país

—esto es, las más conectadas al sistema económico nacional y mundial. Es evidente que las principales fuentes son Bogotá, D.C., Cali, Medellín, Pereira (incluyendo Dosquebradas) y Bucaramanga. Sin embargo, se dan casos de ciertas localidades con tasas de emigración exageradamente altas y concentradas en ciertos destinos, dando la impresión de que prácticamente todo un pueblo ha abandonado el país (por ejemplo migración de Tulúa, Palmira y Anserma hacia Londres; de Santuario a París; de Buga a Madrid). Los departamentos con la más alta representación son el Distrito Capital de Bogotá, los departamentos del Valle y Antioquia, el Eje Cafetero (Risaralda, Quindío y Caldas) y, en menor cuantía, el departamento de Santander.

¿Qué hacen los colombianos en el exterior? En Europa, la vasta mayoría labora en el sector servicios, independientemente de la experiencia laboral o nivel de escolaridad que tenga el o la migrante. En general, se observan muy pocas probabilidades de ascenso social en el mercado laboral y sociedad europeos. En Italia y España, las ocupaciones más comunes entre los colombianos, y entre los latinoamericanos en general, son el servicio doméstico, el cuidado de niños y ancianos. Una minoría está dedicada al trabajo sexual, tanto masculino como femenino, sobre todo en Italia. Ahora bien, en Londres, las actividades más comunes son la limpieza industrial y otros empleos en el sector servicios (especialmente en hoteles, restaurantes y cuidado de niños) y, a últimas fechas, como propietarios de pequeñas empresas que atienden fundamentalmente las necesidades de sus coterráneos —*i.e.*, restaurantes, tiendas de abarrotes, servicio telefónico para llamadas internacionales, servicio de Internet y de envío de dinero.

Es innegable que Estados Unidos ofrece las mejores posibilidades de ascenso socioeconómico, en comparación con Europa, debido en gran parte a la más larga historia de la presencia y tamaño de la colonia colombiana allí, que ha abierto más oportunidades para los recién llegados. Pero además, el contexto económico estadounidense ofrece más oportunidades debido al tamaño y diversidad de la economía y la alta flexibilidad y desregulación del mercado laboral. Esto último permite a el o la migrante abrirse más nichos laborales evadiendo el ojo controlador del Estado. Mientras el sector servicios ciertamente ofrece el mayor número de empleos, una proporción significativa de colombianos(as) labora en la

industria manufacturera y la de la construcción. Asimismo, la proporción de autoempleados y propietarios de micro y pequeñas empresas es muy importante (véase Guarnizo y Espitia, 2006). De hecho, proporcionalmente, las tasas de autoempleo y propiedad de empresas de los colombianos son más altas que las de los cubanos –que se consideran como uno de los grupos de inmigrantes más prósperos y emprendedores en Estados Unidos.

¿Cómo es la organización social de los colombianos en el exterior? A pesar del número creciente de colombianos en ciudades tales como Madrid, Barcelona, Londres, Roma, e incluso en Nueva York y Los Ángeles, su tendencia predominante es la dispersión espacial y la fragmentación social, antes que la concentración en enclaves residenciales. La desconfianza enraizada en el estigma de la droga, el temor a vincularse impensadamente con personas que se relacionen con los actores armados del conflicto, o bien con delincuentes, se unen al consabido clasismo y regionalismo colombiano, haciendo prácticamente imposible la formación de organizaciones colombianas incluyentes y representativas. El estigma de la droga y la falta de confianza en el otro agudizan las carencias propias de la cultura política colombiana de falta de credibilidad en el Estado, bajo aprecio de las instituciones políticas partidistas y, en general, una percepción negativa del proceso político formal. Por todo esto, la organización social tiende a construirse alrededor de círculos estrechos de familiares y amigos cuyas relaciones usualmente provienen de y se extienden hasta el lugar de origen y reúnen a personas de estratos sociales similares. La desconfianza generalizada parece haberse materializado en lo que podríamos llamar el síndrome del “uno nunca sabe”. Expresiones tales como: “Cuidado con tal o cual persona, porque *uno nunca sabe...*”; “Yo no voy a las celebraciones de colombianos porque *uno nunca sabe* qué pueda pasar”; o porque “*uno nunca sabe* qué tipo de gente vaya a ir... o quién está detrás de esto...”

Ante esta situación lo que impera es la iniciativa individual sobre la grupal. El apoyo es restringido a las personas bien conocidas, mientras que la solidaridad colectiva se da sólo de manera episódica –esto es, en casos de tragedias naturales en el país, o en apoyo a compatriotas en casos de necesidad extrema. Un resultado de este fenómeno es que, a pesar de su tamaño, las colonias de colombianos tienden a escapar de la atención

de los gobiernos locales en el exterior (a no ser por las autoridades de seguridad) y por tanto a ser ignoradas en la toma de decisiones políticas que les afectan. Indiscutiblemente, esto aumenta la vulnerabilidad de los migrantes colombianos frente a la sociedad receptora en general, y en forma particular frente a empleadores, arrendadores de vivienda o profesores en las escuelas públicas. Así las cosas, la tendencia de los y las colombianos(as) en el exterior es ver su realidad, sus necesidades y oportunidades en términos individuales, mas no de grupo. Esto contrasta con la experiencia de otros grupos de inmigrantes con niveles de escolaridad mucho más bajos, como los dominicanos y mexicanos en Estados Unidos, o aquellos procedentes de áreas rurales andinas, como los ecuatorianos y peruanos en Europa, quienes han logrado crear influyentes organizaciones políticas y cívicas, respectivamente, para defender sus intereses y apoyar el avance de su grupo nacional ante la sociedad receptora.

Ahora bien, la ausencia de solidaridad extendida de grupo “allá”, de cierta forma parece ser compensada por un profundo, y en no pocas ocasiones militante, nacionalismo individual; en una constante preocupación por la situación del país, y en el mantenimiento de fuertes relaciones de solidaridad con familiares y amigos en Colombia. En algunos casos, esta lealtad se refleja en contribuciones a causas humanitarias y comunitarias puntuales para el desarrollo de sus lugares de origen, tal como es el caso de los oriundos de pequeños poblados como Montenegro, Santuario y Santa Rosa de Cabal, todos en el Eje Cafetero. Sin embargo, según lo documentan estudios recientes (Guarnizo, Portes y Haller, 2003; Guarnizo, 2006), la tendencia es que entre más pública sea la actividad (*v.gr.*, participación política), menor la proporción de migrantes que participan, y entre más privada y personalizada sea ésta (*v.gr.*, envío de dinero a familiares), mayor la participación. Específicamente, el cuadro 3 muestra algunas cifras documentando el empeño transnacional de esta población en Estados Unidos y en Europa. Las cifras indican, por ejemplo, que mientras tan sólo 5 por ciento de los migrantes entrevistados en Estados Unidos manifestó haber donado dinero a partidos políticos colombianos, casi 30 por ciento de ellos declaró haber hecho donaciones a proyectos específicos de caridad, en tanto que 70 por ciento reportó enviar remesas para ayudar a sus familiares en el país. Una tendencia similar se observa en los datos provenientes de los y las colombianos(as) estudiantes en Europa. Se podría

decir, entonces, que en las relaciones transnacionales establecidas por los y las colombianos(as) residentes en el exterior con el país, predominan las de tipo microsociales sobre aquellas de tipo macrosociales.

CUADRO 3

RELACIONES TRANSNACIONALES-MIGRANTES COLOMBIANOS
(Porcentajes)

	EUA ¹		Europa ²	
	Habitual	Esporádica	Habitual	Esporádica
<i>Participación política local*</i>				
Vota en elecciones locales/nacionales	45.6	-	26.2	16.7
Da dinero a partido político local	16.4	-	1.5	0.0
<i>Participación política transnacional</i>				
Miembro activo de partido colombiano	10.0	18.7	4.9	8.0
Da dinero a partido en Colombia	2.3	5.1	0.6	1.9
Participa en actividades políticas en Colombia	3.2	10.6	3.3	8.7
Miembro activo de asociación cívica	7.1	18.0	3.7	9.7
Da dinero para proyectos comunitarios	6.1	18.7	2.0	9.2
Miembro activo de organización filantrópica	13.2	29.9	5.8	16.5
<i>Relaciones microsociales transnacionales</i>				
Envía remesas	EUA		Europa	
	65.6		81.6	
Invierte en Colombia	15.3		6.0	
Tiene miembros de la familia nuclear en Colombia	22.0		23.8	
Tiene miembros de la familia nuclear en otro país	NA		4.2	
Tiene familiares en otro país	NA		21.3	
Visita Colombia	32.0		74.9	
Conoce programas del gobierno a favor de los migrantes en el exterior	NA		7.9	

* Sólo ciudadanos naturalizados.

Fuentes: ¹Encuesta CIEP 1999 (núm. 315, véase Guarnizo *et al.*, 2003).

²Encuesta LATME-2005 (núm. 545, véase Guarnizo y Sørensen, 2006).

Sin embargo, aquí encontramos una paradoja entre el objetivo inicial de la acción transnacional individual de los migrantes y el actual efecto que éstas tienen sobre la sociedad colombiana. Por ejemplo, las acciones que buscan afectar las estructuras políticas del país (*i.e.*, objetivo macro), usualmente adelantadas por una pequeña minoría, por

lo general logran mínimos efectos en la realidad (*i.e.*, efectos micro). Entretanto, la acción más privada, pero al mismo tiempo más común entre los migrantes, que tan sólo busca atender a las necesidades de la propia familia a través del envío de remesas (*i.e.*, objetivo micro), tiene un enorme efecto macroeconómico que afecta la balanza de pagos, y en general, la estabilidad macroeconómica del país (*i.e.*, efecto macro). Irónicamente, la gran importancia dada a las remesas nunca podrá ser materializada en forma de, por ejemplo, poder político para la población migrante, pues el envío de remesas es una acción individual nacida de obligaciones sociofamiliares y crucial para la sobrevivencia de los familiares que aún residen en el país. Ningún migrante estaría preparado para utilizar estas transferencias como elemento de negociación y así lograr, digamos, posibles contraprestaciones del Estado colombiano. En otras palabras, el poder de las remesas es simbólico, irrealizable por aquellos que lo generan.

Esto nos lleva a una de las dimensiones más discutidas acerca de los efectos de la migración sobre el país emisor, a saber, la relación entre migración y desarrollo. Frecuentemente, cuando se habla de migración y desarrollo, se habla de remesas, y casi siempre, *sólo* de remesas; del flujo norte-sur de recursos monetarios que los migrantes transfieren. En este sentido, las políticas públicas (y no me refiero aquí al caso colombiano necesariamente, sino también el caso de México, El Salvador, República Dominicana, Ecuador y a múltiples organismos multilaterales empeñados en la relación migración-desarrollo, tales como el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Interamericano de Desarrollo y la Unión Europea), se han enfocado casi de forma exclusiva en las remesas. Ahora bien, si se analiza el proceso migratorio desde el punto de vista transnacional, resulta evidente que la historia es mucho más compleja.

Para comenzar, los flujos de recursos no sólo se dan de norte a sur. Además de los flujos ya conocidos, remesas familiares, inversiones y ayuda comunitaria, hay una corriente importante del sur al norte generada por la demanda de los migrantes por bienes y servicios de origen nacional en su intento por reproducir a Colombia en el exterior. Esta demanda representa una expansión *de facto* del mercado nacional, un aumento no reconocido de las exportaciones de bienes y servicios, que no podrían transnacionalizarse sin la presencia de consumidores colombia-

nos que conozcan y aprecien estos productos. Hay múltiples ejemplos de este fenómeno: desde el expendio de refrescos, cervezas y frutas exóticas colombianas, dulces de breva y cierto tipo de papas, hasta la exportación de masa de pan congelada, la cual es horneada y vendida como auténtico pan fresco colombiano en negocios de colombianos para colombianos en el exterior. Esta es una dimensión muy importante que debe incluirse en los análisis de la contribución de la migración al desarrollo nacional y a su estabilidad macroeconómica.

Migración, sociedad civil y Estado

¿Cuáles son las implicaciones de todos estos procesos? Una de las más significativas tiene que ver con la importancia de los migrantes para la estabilidad social y económica del país. Los que se han ido siguen presentes y afectan la vida cotidiana de sus comunidades de origen, de sus familias y allegados. Además de su efecto práctico inmediato, también tienen una importancia crucial en la reproducción misma del proceso migratorio. Primero, a través de lo que podríamos llamar el efecto demostración, esto es, generar expectativas halagadoras entre los no migrantes al dar la imagen de que la migración es siempre una alternativa exitosa. En medio de la crisis en que está sumido el país, ésta se erige entonces no sólo como una salida viable, sino además apetecible. En segundo lugar, los migrantes tienden a reproducir el proceso migratorio en la medida en que apoyan y facilitan la salida de familiares y amigos. No es extraño encontrar en las localidades con altos índices migratorios a grupos de personas, especialmente jóvenes, en el limbo de la espera, el “estoy esperando para irme”, que paraliza y aliena al futuro emigrante de su entorno social inmediato. Los efectos negativos de esta situación son sustanciales sobre el desarrollo local, tal como se ha documentado en múltiples estudios de localidades emisoras. Esto se agudiza cuando el monto de las remesas recibidas del extranjero resulta más jugoso que los salarios locales, lo que a su vez deviene en relaciones de dependencia, baja en la productividad y el aumento del ocio subsidiado por los residentes en el exterior.

Al mismo tiempo, la migración se convierte en una válvula de escape sociopolítico. Entre más personas deseen, imaginen y planeen emigrar, menos serán aquellas que piensen y actúen en la construcción de soluciones a los problemas que afectan su vida cotidiana en el país de origen.

El empeño en buscar la forma de salir antes que la de cambiar la situación local para quedarse, exime al Estado de presiones desde abajo para reformar o acelerar la búsqueda de soluciones a la problemática sociopolítica y económica local y nacional. De igual manera, la salida de personal desempleado o subempleado ayuda a la contracción de las altas tasas de desempleo y creciente desigualdad, e inadvertidamente contribuye a la reducción de las tensiones sociales y políticas que éstas generan. Ahora bien, las remesas constituyen no sólo un subsidio social para sectores cada vez más crecientes de la sociedad (según el Ministerio de Relaciones Exteriores, cerca de 3 millones de hogares, aproximadamente un tercio de la población nacional, reciben remesas en Colombia), sino que funcionan como una especie de escudo que protege a aquellos que las reciben de los vaivenes económicos y políticos del país.

A nivel micro, la migración en general y las remesas en particular han transformado las relaciones familiares y de manera especial las de género, en la medida en que más y más mujeres están viajando al exterior. La experiencia femenina en el exterior altera la posicionalidad de la mujer frente al hombre en el hogar y en la comunidad, en términos generales. Aquí surgen una serie de preguntas que aún están por estudiarse en el caso colombiano: ¿Quiénes envían?, ¿qué efectos tienen las condiciones de los remitentes en el exterior sobre las posibilidades, frecuencia y volumen de sus remesas?, ¿qué variaciones se dan entre hombres y mujeres en el uso de las remesas?, ¿qué diferencias regionales se observan?

A la vez que la migración altera las relaciones de género, también transforma las estructuras familiares por la dispersión espacial que usualmente sufren las familias. Por ejemplo, el dejar a los hijos en Colombia, mientras que uno o los dos progenitores están trabajando en el exterior, genera nuevas configuraciones y relaciones familiares que aún están por estudiarse. En el análisis que he realizado con Ninna Nyberg Sørensen en Europa, encontramos el dramático desencuentro de madres y padres que, luego de muchos años en el exterior, han decidido reunificar sus familias, llevando a sus hijos con ellos. El desencuentro es a menudo chocante, especialmente entre aquellos insertados en posiciones bajas en el mercado laboral. Los hijos, acostumbrados a la buena vida que las remesas les han brindado en Colombia, sienten vergüenza de encontrarse de repente con que después de haber estado entre los más influyentes

de su barrio o de su pueblo, han llegado para ubicarse al margen de una sociedad que no conocen, no dominan; una sociedad en la que sus padres ocupan posiciones bajas, mal pagadas y son además objeto de discriminación y exclusión. Las consecuencias de este desencuentro pueden ser funestas, no sólo para la estabilidad familiar, sino para el futuro de estos jóvenes. Este es un fenómeno que ha derivado, en no pocas ocasiones, en problemas identitarios y de comportamientos desviados, tales como violencia juvenil o drogadicción, problemática que recién empieza a ser estudiada a profundidad (véase, por ejemplo, el trabajo de Carles Feixa sobre cultura juvenil urbana).

A nivel de su relación con el Estado de origen, además de importantes productores de divisas, el Estado ve en los migrantes potenciales abogados de sus intereses en el exterior y posibles votantes a su favor. A este último nivel, los migrantes son percibidos como un tremendo potencial electoral dormido, dado que tan sólo una pequeña minoría de ellos vota o participa en actividades políticas formales desde afuera. De hecho, si la participación electoral de los migrantes fuese significativa, podrían constituirse en un bloque electoral importante, y hasta definitorio, en las elecciones nacionales. Toda vez que los migrantes tienden a tener un mayor índice promedio de escolaridad que los colombianos dentro del país, y habida cuenta de que la tendencia universal es que a mayor escolaridad, mayor es la participación electoral, las posibilidades de contribución y vinculación política son muy altas. Sin embargo, esta tendencia universal aún está por verse en el caso colombiano, dada la alienación política de esta población y el predominio de una cultura política nacional de rechazo a, y no participación en las actividades políticas electorales.

Otra dimensión importante en la relación del Estado con los migrantes tiene que ver con la definición del significado práctico de la doble ciudadanía. Hasta ahora, la doble ciudadanía les otorga importantes derechos ciudadanos nominales a aquellos colombianos que han optado por adquirir una segunda nacionalidad (véase cuadro 1). Empero, lo que aún está por verse es la realización de esos derechos ciudadanos nominales en derechos sustantivos. El programa Colombia Nos Une surge como una posible avenida para alcanzar este objetivo.

Sin embargo, luego de tres años de la introducción de este programa, es muy poco lo que se ha avanzado en este sentido. Desde su creación,

Colombia Nos Une se ha orientado fundamentalmente a la celebración simbólica de la población migrante en algunos países del norte (de manera especial en Estados Unidos y España), a la promoción de su estudio y al impulso de algunas medidas que han coadyuvado al abaratamiento de los costos de intermediación financiera en el envío de remesas. En general, el programa ha contribuido al reconocimiento de la crucial importancia y contribución de los migrantes a la estabilidad del país en medio de la presente crisis y a su papel de “embajadores de la nación” en el exterior, como se les denomina en el discurso oficial. Hasta el momento, en términos generales, el impacto del programa ha sido muy limitado en su alcance. Este efecto limitado es consecuencia, en parte, de la novedad misma del programa y de la necesidad de conocer de manera más certera las características y dinámicas propias de la población migrante. Sin embargo, este limitado avance es también consecuencia de la perspectiva ideológico-política del gobierno actual, el cual privilegia las fuerzas del libre mercado como las más idóneas para atender las necesidades y demandas de la población migrante. Por ello, antes que generar programas oficiales del tipo adoptados por el gobierno mexicano hacia su población migrante (*i.e.*, Programa 3×1 de desarrollo, el Programa Paisano, etcétera), el gobierno colombiano ha concentrado sus esfuerzos, a través de Colombia Nos Une, en la apertura de espacios para que el sector privado nacional y multinacional, particularmente en los sectores de vivienda, finanzas y bancario, tengan acceso directo a la demanda de bienes y servicios de la población migrante. Las ferias inmobiliarias descritas al inicio de este artículo son clara expresión de esta aproximación oficial.

Ahora bien, como se mencionó antes, no todo es económico. Evidentemente, el mercado es incapaz de atender todas las necesidades y demandas generadas por el proceso migratorio. En particular, el mercado no puede atender la aplicación y reforzamiento de los derechos ciudadanos y humanos de los y las colombianos(as) en el extranjero, los cuales determinan en gran medida sus condiciones laborales y de vida, así como las de sus familias y comunidades en Colombia. En otras palabras, el mercado no puede sustituir la relación entre el Estado y los migrantes, crucial en la conformación de las relaciones transnacionales generadas y sostenidas por los migrantes y sus efectos en el país de origen. La relación

Estado-migrantes, desde luego, no se halla libre de complicaciones. Al contrario, está preñada de contradicciones e interrogantes de no fácil respuesta. Dadas las particulares condiciones sociopolíticas del país, algunas de estas interrogantes resultan de importancia urgente. Ante la precaria situación de un alto porcentaje de los y las migrantes colombianos(as) en el exterior debido a su vulnerabilidad legal, ¿por qué la defensa de sus derechos no figura en la agenda oficial, mientras que el Estado privilegia el tema del volumen y frecuencia de las remesas que ellos envían? Cuando el país sostiene la tasa de pobreza más alta de su historia, con más de dos terceras partes de la población nacional bajo el nivel mínimo de pobreza, ¿cómo ve la mayoría empobrecida del país la inusitada atención oficial a los colombianos en el extranjero? Más aún, si se tiene en cuenta que Colombia es el segundo país en el mundo con población desplazada internamente por el conflicto político militar, ¿cómo ven dicho apoyo los desplazados internos, especialmente aquellos que no han recibido atención directa del Estado? En fin, de frente al raquítico presupuesto nacional para el gasto social, ¿por qué se favorece a los que se van y no más bien a los que se quedan?, ¿se convertirá esta atención a la población de ultramar en incentivo para irse del país?, ¿tienen que salir del país los colombianos más pobres y marginados para ser reconocidos por el Estado como parte de su sociedad civil? Estas interrogantes cuestionan directamente el significado sustantivo de la ciudadanía colombiana de cara a la masiva migración internacional, la creciente dependencia macroestructural de las remesas que los migrantes envían y la gravísima situación interna por la que atraviesa el país en este momento histórico. Son cuestiones sobre las que falta reflexionar, discutir e investigar más a fondo tanto en las zonas emisoras, como en los múltiples lugares de asentamiento en el extranjero.

A manera de conclusión

¿Qué podemos concluir de esta visión global de la migración colombiana? En primer lugar, hay que subrayar la importancia de una visión transnacional del proceso migratorio para el Estado, para la sociedad civil y para el entendimiento del proceso de globalización en general. En este último sentido, es claro que los y las colombianos(as) no estarían emigrando al nivel que lo hacen sin las transformaciones político-económi-

cas globales de las últimas décadas. Sin estas innovaciones, por ejemplo, no hubiese sido posible que en Europa los niveles de ingreso hubiesen subido hasta donde han llegado y en Colombia no hubiesen bajado hasta donde lo han hecho. Si la demanda mundial de drogas ilícitas y petróleo no hubiese alcanzado los niveles que ha alcanzado, las condiciones internas de Colombia serían diferentes a las que tenemos hoy en día –como es del conocimiento público, la agudización de la guerra interna y la inseguridad generalizada están íntimamente ligadas no sólo a las inequidades históricas de la sociedad colombiana, sino que también están enraizadas en el crecimiento de la producción de petróleo, coca y amapola jalonada por una insaciable demanda externa. En fin, las diferencias globales se reflejan en fenómenos tales como la percepción en Europa de que ciertos trabajos no sean ahora considerados lo suficientemente dignos o bien pagados para los europeos y éstos los asuman en forma exclusiva los recién llegados del sur.

El “novorriquismo” de la Unión Europea, de manera especial en el sur de Europa, ha hecho posible que actividades que habían desaparecido desde tiempo atrás, como la contratación de trabajadoras domésticas que viven en la residencia de sus patrones, hayan resurgido en gran escala prácticamente de la noche a la mañana. Muchas familias de clase media están ahora contratando, por primera vez en su vida, empleada(os) domésticos permanentes en sus residencias. En la medida en que la sociedad europea en general, dada la infraestructura de vivienda imperante, no estaba preparada para esta clase de arreglo laboral, este tipo de empleo implica condiciones laborales y de vida muy precarias para el o la empleada migrante. No es raro, por ejemplo, encontrar en Madrid o Roma empleadas domésticas durmiendo en el sofá de la sala, o en el piso de la cocina en pequeños apartamentos de familias de profesionales de clase media. Además, la precariedad laboral de la vasta mayoría de la población migrante colombiana, de manera particular en Europa, hace que el poder vivir independientemente sea un lujo que muy pocos pueden costear. Para aquellos que no viven con sus patrones, tener vivienda en Europa se ha convertido en el alquiler de una cama por unas cuantas horas (el espantoso *posto letto* en Italia), o compartir con conocidos y desconocidos pequeños apartamentos en circunstancias de hacinamiento que muchos de ellos nunca habían enfrentado en su natal Colombia. La

ausencia de un ambiente mínimo de privacidad, los bajos salarios que impiden sostener una vida digna, son parte del modo de incorporación que muchos migrantes enfrentan en Estados Unidos y en Europa, a donde fueron en busca de un futuro mejor para ellos y sus familias. El que este tema no se mencione en el discurso oficial colombiano sobre la migración, profundiza la desconfianza que los migrantes sienten por el súbito interés del gobierno y sus planes de acercamiento hacia ellos.

La desigualdad de la globalidad hace atractiva la mano de obra barata procedente del sur para satisfacer las necesidades del norte. El desarrollo migratorio debe contextualizarse desde este punto de vista, reconociendo que la demanda de esa mano de obra por el norte es estructural, y que los derechos sociales, civiles y humanos de esos trabajadores deben también formar parte de la relación que dicha demanda genera. En este sentido, la creciente presencia de ciudadanos colombianos en los mercados laborales extranjeros no es un evento coyuntural ni único. Es un fenómeno estructural de larga duración, que enraizado en las transformaciones engendradas por la globalización contemporánea del capital y, en tal sentido, es parte integral de la formación social colombiana. El proceso migratorio así entendido, es reflejo de la realidad sociopolítica presente y lo será de la realidad futura del país. Esta transformación se ha venido gestando desde hace muchos años, está alcanzando nuevos niveles y perdurará por generaciones –a menos que un catastrófico evento global cambie radicalmente las condiciones presentes. Los emigrantes no van a regresar mañana, ellos, sus hijos y los nuevos migrantes que continuarán saliendo van a estar yendo y viniendo, van a seguir conectados con su terruño; la extensión de la sociedad civil colombiana va a alcanzar nuevas fronteras. Eso tiene que entenderse en el proceso de construcción de cualquier proyecto nacional para el país.

La compleja heterogeneidad social, económica y política de la población migrante debe romper las idealizaciones, los estereotipos y visiones simplistas del y la colombiana migrante como miembros de la sociedad civil. Los residentes en el exterior deben entenderse y tratarse como parte integral de la solución y/o la prolongación del conflicto interno. Si tenemos en el exterior actores de todos los bandos, perseguidos y perseguidores, muchos de los cuales han sido activos y quizá aún lo sean, tenemos que entender que al dirigirnos a esa población lo estamos haciendo hacia

la Colombia de adentro, con todas sus divisiones y coaliciones, con todas sus fortalezas y debilidades, con todos sus aciertos y falencias. Aquí, entonces, cabe preguntarse, ¿a quién se va a dirigir el Estado cuando se aproxime a la población migrante?

La tentación, y la ruta obviamente más fácil a seguir, es la de aproximarse nada más a aquellos que se identifiquen con la agenda oficial del Estado, lo cual parece ser la postura adoptada por la administración actual. Sin embargo, se puede argüir que el Estado debe ver a los y las colombianos(as) en el extranjero como parte integral de la sociedad civil colombiana, y como tal, aproximarse a ellos no como posibles aliados políticos o ideológicos, o meramente como potencial base electoral, sino como conciudadanos con derechos plenos de participación y protección del Estado.

Es evidente que las expectativas y presiones que pesan sobre los migrantes son innumerables y en no pocas ocasiones desmesuradas por parte de multitud de personas e instituciones a los dos lados del campo de acción transnacional: de la sociedad anfitriona, de familiares y amigos que quedaron atrás, del gobierno nacional y local en el país de origen. Hasta cierto punto esto es comprensible cuando hablamos de que contribuyen, según los últimos datos oficiales, con más de 3,000 millones de dólares anuales a la economía nacional. Lo que predomina, en general, es una mentalidad extractiva. Todo el mundo quiere sacar algo de los emigrantes; la sociedad receptora los quiere disciplinar; quiere que produzcan, que no utilicen servicios sociales y que se conformen a la sociedad que los recibe. Familiares, amigos y relacionados demandan sus contribuciones constantes para su supervivencia, para ayudar en caso de emergencias, etcétera. El gobierno local espera su contribución al desarrollo local. El gobierno nacional, entretanto, espera que sigan manteniendo el flujo de remesas por medios oficiales. Empero, lo que casi nunca se discute, y en ese sentido la iniciativa del programa Colombia Nos Une del Ministerio de Relaciones Exteriores es bienvenida, es la retribución debida a los emigrantes por sus aportes a ambos lados del campo transnacional, esa es una dimensión que a pesar de su obvia importancia y justeza, usualmente pasa desapercibida.

En estas condiciones, tres puntos centrales deben tenerse en cuenta en la definición de la relación entre el Estado y la migración. En primer

lugar, cómo superar la vulnerabilidad legal, política, económica y social de los colombianos en el exterior. Para ello, por lo menos tres frentes generales de acción se deben considerar: el primero tiene que ver con el impulso internacional para la ratificación de los derechos de los trabajadores migrantes y sus familias por parte de los países ricos receptores de migrantes. La Asamblea General de la Organización de Naciones Unidas aprobó esta convención en 1990. Sin embargo, a la fecha, ni un solo país del norte lo ha ratificado, o siquiera firmado. El segundo frente de acción debe ser el establecimiento y fortalecimiento de vigorosos acuerdos bilaterales, por lo menos con los países que tienen mayor presencia colombiana, acuerdos que defiendan los derechos básicos de los y las migrantes. Finalmente, se debe promover la convergencia entre las organizaciones existentes y los diferentes segmentos de la población colombiana, tratando de superar las divisiones y barreras existentes de clase, raza y regionales, con miras a impulsar el empoderamiento de los migrantes en la defensa de sus propios derechos. Esto implica, entre otras cosas, la diseminación de información precisa sobre sus derechos, deberes y oportunidades en la sociedad receptora, tarea esta que puede ser coordinada con las ONG locales que ya proveen servicios a los y las migrantes. Paso clave para que se puedan adelantar iniciativas en esta dirección es el apoyo al estudio científico comparativo de la migración global colombiana en múltiples países y localidades de asentamiento, para determinar con mayor certeza la agenda a seguir.

Mi segundo planteamiento es el de las utopías de la paz, y se refiere a cómo detener la exportación de la guerra (*i.e.*, de perseguidores y perseguidos). En su lugar, promover en el exterior diálogos incluyentes de paz que puedan generar iniciativas que coadyuven a este proceso dentro del país. Se debe aprovechar la oportunidad de que al estar lejos del peligro inminente de la guerra, los diferentes actores y/o sus representantes puedan hablar en amplios foros de discusión abierta acerca de las posibilidades de acercamiento y negociación. Obviamente, es un salto enorme, pero que debe caber en nuestro imaginario para promoverlo y correr el riesgo de implementarlo.

En conclusión, aunque el debate acerca de las remesas ha monopolizado la atención en el debate sobre migración y desarrollo, se debe hacer un llamado de atención para que se considere seriamente la promoción de

la exportación de bienes y servicios dedicados al consumo de connacionales en el exterior. Contribuir a establecer conexiones entre productores nacionales y consumidores nacionales en el extranjero puede redundar en el establecimiento de relaciones económicas más duraderas y productivas que la actual política centrada en la dependencia estructural de las remesas.

Para terminar, es necesario recalcar que nuevas formaciones sociales transnacionales, como la colombiana, son expresión de una forma no conocida de la nación-Estado, de nuevas formas de identidad nacional, de formas nuevas de ser ciudadano. Las implicaciones teóricas y prácticas de las formaciones transnacionales son múltiples, pero aún no comprendidas claramente y hasta hace poco ignoradas por analistas de la mundialización contemporánea. La investigación sobre el reto que estos cambios implican para las sociedades emisoras y receptoras recién empieza.

Bibliografía

- CARDONA, Ramiro, Carmen Inés Cruz, Juanita Castaño, Elsa M. Chaney, Mary G. Powers y John J. Maciso Jr., 1980, *El éxodo de colombianos: Un estudio de la corriente migratoria a los Estados Unidos y un intento para propiciar el retorno*, Bogotá, Ediciones Tercer Mundo.
- GUARNIZO, Luis Eduardo, 2006, *Los colombianos londinenses*, reporte preparado para la Organización Internacional de Migraciones (OIM).
- , Alejandro Portes y William J. Haller, 2003, “Assimilation and Transnationalism: Determinants of Transnational Political Action among Contemporary Migrants”, *American Journal of Sociology*, vol. 108 (6): 1211-1248.
- y Marilyn Espitia, 2006, “Colombians in the United States”, en Mary Waters y Reed Ueda (eds.), *The New Americans*, Cambridge, MA, Harvard University Press.
- URIBE, José Darío, 2005, “Intervención en debate sobre las Remesas en Colombia, Comisión III del Senado de la República”, Bogotá, Gerencia General del Banco de la República, mayo 31, en <http://www.banrep.gov.co/documentos/presentaciones-discursos/pdf/Congreso-Remesas-mayo-05.pdf>